

Un diálogo con Moís Benarroch sobre el Tetuán judío



Texto | Angy Cohen

Fotografías | Cortesía de Esther Benmaman

El recuerdo INCOMUNICABLE

EL Protectorado español en Marruecos (1912-1956), a pesar de estar tan próximo en el tiempo, es apenas un dato dentro del conocimiento histórico que se espera de un español medio que haya pasado por alguno de los múltiples planes de estudio que hemos tenido. Me parece que esta falta de atención puede deberse a que el mundo que ahí se creó era no sólo imposible sino además inimaginable en España. El Protectorado fue un planeta distinto, aunque pareciera ser un satélite. En aquel planeta se encontraron formas de vida que nada tenían que ver. Formas de vida que se acercaron y alejaron, se juntaron, se revolvieron, se separaron, se quisieron, se despreciaron y se echaron de menos después.

Ese planeta desapareció de la misma forma que lo hizo Plutón: no por haberse volatilizado, sino mediante la pérdida de su estatus planetario. En otras palabras, la disolución del Protectorado dejó tras de sí sólo el área geográfica, que era devuelta al Reino de Marruecos; aun así, la peculiar forma de vida que había alumbrado se quedó en la memoria de los que se fueron y los que se quedaron. Pero en particular de los que se fueron. El planeta que había sido el Protectorado convirtió a muchas personas en extraterrestres en los nuevos lugares donde se asentaron. Más extraterrestres que nadie terminaron siendo los judíos. Quiero decir que, al contrario de los españoles que vivían allí, los judíos no tenían una madre patria más allá de Sefarad y de ese "Marruecos español". Habían tomado de

Sefarad sus costumbres, organizado en torno a ella sus anhelos, y su jaquetía –el judeoespañol del Norte de Marruecos– en gran parte venía también de aquella Sefarad. Pero de España habían tomado su castellano, las costumbres nuevas que trajo la salida de las juderías y una manera de estar con "los otros". Los marroquíes musulmanes, al fin y al cabo, estaban ya en su casa, si bien en una casa tomada, como decía Cortázar. El cruce de influencias y orígenes tan lejanos entre sí como lo bereber, lo árabe, lo español, lo europeo, lo moderno, lo tradicional, lo religioso y lo laico dio lugar a la singular cultura y tradición judeomarroquí.

Los recuerdos de estas personas me han llegado por distintas vías. Por un lado, mi familia paterna llegó de Tetuán a Buenos Aires durante los años veinte. Yo nací y me crié en España, pero escuché muchas historias sobre aquellos judíos marroquíes que habían sido mis abuelos y bisabuelos. Mi padre creció en la comunidad judeomarroquí de Buenos Aires, en la que todavía hay bastantes personas que siguen hablando de aquel lejano planeta. Además, en algún momento decidí escribir mi tesis doctoral sobre la memoria judía de Marruecos, me fui a vivir a Israel y ahí encontré a otros tantos judíos marroquíes que intentaban abrirse paso en la complejísima sociedad israelí. Entrevisté a tantos como pude y muchos de ellos hoy son como familia para mí. En especial, Moís Benarroch, una de las personas más lúcidas que conozco y, sin duda, de lo mejor que

ha dado la literatura judeomarroquí en castellano. Moís nació en 1959 en Tetuán, cuando el Protectorado ya había terminado formalmente, si bien su sombra aún era larga. Llegó a Israel a los trece años e hizo un esfuerzo enorme por formar parte de esa sociedad: se cambió el nombre por la traducción al hebreo de Moisés (Moshe) y durante años ni habló ni escribió en su lengua materna, el castellano. En cierto modo, se tradujo a sí mismo al hebreo y, como en toda traducción, se perdió y se ganó algo. Hasta los 40 años no escribió en español. Recuperar su idioma fue una especie de retorno al origen después de la larguísima travesía identitaria que supuso asentarse en Israel como marroquí y, en concreto, como tetuaní.

Llegué hasta él a través de alguien que me dijo "tienes que conocer a Moís Benarroch. No se puede escribir sobre tetuanís en Israel sin conocerle". Fui a verle a su casa de Jerusalén para hablarle de mi tesis y proponerle una entrevista. Me trató con un respeto extraordinario y me escuchó atentamente. Yo tenía aspecto de niña recién salida del instituto –o, como mucho, recién licenciada– por lo que con frecuencia me solía encontrar

con actitudes condescendientes dentro del mundo académico, que sigue siendo un mundo de hombres mayores. Volví al día siguiente, y después al otro, y así terminamos grabando ocho horas de entrevista. Ocho horas excesivas y entusiastas, como el propio Moís. De esa larga conversación salió una amistad que dura hasta hoy. Moís me acogió en su casa y me convirtió en un miembro más de su familia. Gracias a mi amistad con él y con otros judíos marroquíes he podido ir reconstruyendo la espesa red de significados que sostuvo la vida judía en el Protectorado.

La poesía y la novela de Moís Benarroch es, en muchos sentidos, una ventana a ese planeta del pasado que fue el Protectorado español en Marruecos. Benarroch es uno de esos extraterrestres que ha tratado de explicar durante años cómo era aquel planeta que desapareció en la galaxia histórica. En 2009 ganó el Premio del Primer Ministro en Israel y en 2012 el Premio Yehuda Amijai de poesía. Su obra forma parte de un proyecto de vida en el que la política y la literatura se encuentran para reivindicar la voz, el recuerdo y el lugar de los judíos llegados a Israel desde países árabes y musulmanes. De entre los muchos

En las fotografías, niños judíos aparecen disfrazados con trajes regionales españoles.



temas sobre los que ha escrito, Moisés es particularmente reconocido en Israel por su incansable e implacable crítica de una sociedad de la que él, como tantos, nunca pudo formar parte del todo.

He rescatado partes de la entrevista que tuvimos en su casa en Jerusalén, así como fragmentos de uno de sus poemarios, *Mar de Sefarad* (Moben, 2000) y de una de sus novelas, *En las Puertas de Tánger* (Destino, 2008), para trazar un esbozo de cómo fue aquella vida judía del Marruecos español.

LA VIDA COMO LA DUDA SOBRE CÓMO VIVIR

Detrás de las historias de los judíos del Norte de Marruecos hay una libertad perdida, la libertad de que uno goza cuando se sabe en su lugar, cuando, como decía la escritora tetuaní Esther Bendahan en un hermoso texto, "no había un más allá, no se cuestionaban identidades, se era realidad completa, porque era un mundo sostenido por historia y palabras en el que cada uno conocía su pertenencia y su lugar". Se trata de una libertad incomprensible para el mundo de hoy, pues es una libertad sin garantías, que se apoya en una actitud más jurisprudencial que legalista; una libertad cuyos límites y condiciones aún no habían sido establecidos de forma clara y evidente. Esta indefinición, esta suerte de tolerancia a la ambigüedad es uno de los grandes tesoros de la vida judía del Marruecos español y en particular de su actitud frente a lo que podríamos llamar la modernidad.

–Me parece que se puede encontrar entre los marroquíes, entre los tetuaníes, una relación con la religión que yo no he encontrado aquí en Israel: un vínculo muy fuerte con la comunidad sin estar atenazados por la norma, la ley, todo eso.

–Sí. No estaba esa cosa fanática, creían de una forma natural. Tampoco había a nivel religioso ninguna imposición de uno sobre otro, del que era más religioso sobre el que lo era menos. No ocurría eso de decir que yo soy mejor porque hago más el *shabbat* o porque tú te vas a la playa eres peor o algo así. No había ese conflicto que existe mucho en Israel. Y ahora en todo el mundo, creo. El conflicto de quién es más religioso y quién es más judío por ser más religioso. No eras más judío por ser más religioso. Es que es precisamente esa indecisión, ése es el judaísmo nuestro.

La indecisión entre la modernidad secularizadora y la tradición no necesitaba una resolución pues ella misma definía la vida judía del Marruecos español. Así ocurre que la ironía como actitud frente a la vida y el humor como forma de digerir la realidad –de lidiar con la indecisión–, son cualidades que uno se encuentra constantemente entre los judíos que vivieron en eso que se llamaba "el Marruecos español". No es casual que gran parte de las palabras de jaquetía que han sobrevivido se digan sonriendo. La jaquetía, como dice el escritor y actor

Solly Levy, es el idioma de la afectividad, pero también el idioma del humor. Por eso tiende a aparecer como un guiño a otros marroquíes. Es una forma de hablar que hace que otros sonrían y hagan uso de ese código secreto que abre el espacio de la ternura y de un humor comunitario que es ya un eco de aquella forma de vida judía que hubo una vez en Marruecos. El humor reactiva códigos culturales y une a personas que nada tienen que ver entre sí. Muchas de aquellas palabras en jaquetía sobrevivieron al tiempo y al aprendizaje de otros idiomas. Aquellas palabras permanecieron junto a una forma de hablar que expresaba una forma de vivir también. La jaquetía es uno de los últimos testigos de esa forma de vida judía que terminó cuando los judíos se fueron de Marruecos. Así, cuando uno le dice a otro que algo es una *jarabullina* y no "un lío" o "un desastre", o que sintió una *jenníya* en vez de un "enfado", o le dice a alguien "no sea tu falta" para expresar el deseo de que nada malo le impida que pueda estar presente, está no sólo describiendo algo, sino también invitando a participar de una cierta mirada. Los nuevos hogares de los judíos del Marruecos español se construyeron en parte sobre la base de esas palabras que todavía sobreviven y que tienen detrás una larga historia colectiva que no está dispuesta a desaparecer, sino que lucha por mantenerse viva aquí y ahora, por seguir riendo no de una broma, sino de la imposibilidad de vivir ejemplarmente.

La ambigüedad, la indecisión, de la que habla Benarroch y esa flexibilidad de criterios guardan un parecido de familia con otras ambigüedades y ambivalencias que se daban en las relaciones entre judíos, españoles y marroquíes musulmanes. La convivencia se daba sobre un fondo de diversas amenazas y diferencias de poder entre los tres grupos. Los judíos fueron a menudo acusados por la población marroquí musulmana de colaboracionistas con la colonia. Antes del Protectorado, judíos y cristianos habían tenido estatus de *dhimmi*, de minoría tolerada si bien sujeta a impuestos especiales y prohibiciones de todo tipo, que por lo demás no siempre se cumplían. Sin embargo, los judíos tenían una autonomía legal bastante considerable, con sus tribunales rabínicos reconocidos para regular sus asuntos. El Protectorado canceló el estatus de *dhimmi* y supuso la posibilidad de salir de las juderías. Por su lado, los judíos ya habían empezado un proceso de modernización a través de las escuelas de la Alianza Israelita Universal, cuyo primer centro se abrió precisamente en Tetuán en 1862. Esa red de escuelas se extendió por el Norte de África, el Medio Oriente otomano e Irán, ofreciendo una extraordinaria educación europea a los judíos. En Marruecos, después de la independencia, estaba prohibido enseñar hebreo moderno en las escuelas de la Alianza Israelita Universal puesto que se relacionaba con actividades sionistas cuyo fin era la emigración a Israel.

–¿Y cómo aprendiste hebreo tan rápido cuando llegaste a Israel? Pensé que en la Alianza teníais clases de hebreo bíblico, pero no de moderno.

—Teníamos clases de hebreo moderno en la escuela, pero los viernes. Porque los viernes los inspectores musulmanes no trabajaban. Ya sabes que estaba prohibido enseñar hebreo moderno en Marruecos. Había clases de hebreo religioso, bíblico, de religión, pero después teníamos dos horas de hebreo moderno con el Monsieur Cohen. Muy buen profesor debía de ser porque con dos horas a la semana durante dos o tres años llegué aquí hablando hebreo.

Por otro lado, a la relación entre judíos y españoles durante el Protectorado tampoco le faltaron ambigüedades. El antisemitismo español, atávico, transmitido casi en el ADN histórico, convive con esas otras imágenes de la simbiosis hispano-judía representada por las niñas judías disfrazadas de flamenca, de madrileña o con cualquier otro traje regional en las actuaciones de las escuelas de danza en Marruecos. Esas imágenes nunca dejaron de intrigarme, por más que fuesen muchas las personas que en Argentina y en Israel guardaban aquellas fotos en sus cajas de los recuerdos. Una de estas personas, al notar mi sorpresa, me dijo: "¡Pero si nosotros somos más españoles que los españoles!" Alguien en Buenos Aires me mostró también, como si fuese lo más natural del mundo, unas fotos de la *bar-mitzvah* de algún primo, ya en Argentina, al que se había llevado un cuadro flamenco para animar la fiesta. Nada más verlas empecé a reírme como de una extravagancia y ella me dijo: "¡Pues claro! ¡los trajeron para amenizar!" Mi sorpresa le resultaba incompresible. Y con razón.

La batalla que se gana para siempre es la batalla histórica. Esa victoria ocurre cuando haces desaparecer definitivamente a alguien de la Historia y lo conviertes en un intruso en su propio país, en un desconocido. Eso de algún modo explica que para muchos españoles no sea del todo posible desprenderse de la idea de que hay algo extraño, misterioso, algo ligeramente no humano, escurridizo e inquietante en el judío. Incluso en la palabra misma: judío. Benarroch describe así en *Mar de Sefarad* una imagen de su padre entre españoles en algún bar de Tetuán:

*"Y cuando le preguntaban en el bar mientras comía la tapa
si era franquista o republicano respondía que era judío
y que los judíos no se meten en política
y cuando le preguntaban a favor de quién estaba se hacía el idiota
y como se suponía que todos los judíos eran idiotas o tenían cola
se pudo salir de la guerra civil sin meterse en líos"*

Judíos como él, cuya lengua materna era el español, que formaban parte de la sociedad española de Marruecos, pero siempre hasta cierto punto. Así lo recuerda Moisés en otro pasaje del mismo poemario:

*"Mis problemas existenciales
tienen su raíz en 1272
en Granada
Ningún psicoanálisis
los puede resolver"*

Las sospechas mutuas ocurrían en el Protectorado a la vez que se daban profundas amistades entre unos y otros, relaciones al margen de esas sospechas, influencias importantes de unas formas de vida sobre las otras. La diversidad está ahí donde es imposible evitarla, ahí donde nuestra vida se cruza y recruza, casi por obligación, con las vidas de otros radicalmente diferentes.

En ese espacio de identidades tan distintas, de sonidos de campanas de las iglesias que se cruzaban con las llamadas a la oración desde los minaretes de las mezquitas que, a su vez, se escuchaban desde las numerosas sinagogas (sólo en Tetuán llegó a haber 16), se dio una vida judía que después gente como Moisés ha querido atesorar como una joya extraña y hermosa.

—Dame una imagen de Tetuán, una que te guste recordar.

—Cuando entraba el *shabbat*, y también en las fiestas, que había como una paz, una luz que entraba en la casa. Eso es algo que nunca sentí en Israel. Lo que pasaba ahí en el *shabbat*, era todas las semanas, pero sobre todo en las fiestas. En *Pesaj* de manera especial, también en *Sukkot*, *Shavuot*, pasaba algo, cambiabas de mundo. Como si el aire cambiase, como si la luz cambiase. Como si fuese otro mundo. Tal vez lo veía como niño. Es como si, digamos, *Eretz Israel*, el templo de Jerusalén, llegara a la casa. Podías sentir eso. Es algo que se sentía en las fiestas.

—Me parece que la flexibilidad de criterios de aquellos judíos de Marruecos tiene en gran parte que ver con el hecho de que el mundo en que vivían era un mundo plural sin remedio, que no había opción de no estar juntos.

—Sí, y no sólo eso, sino que estaba presente la idea de que se puede vivir en contradicciones. Esa posibilidad de vivir en contradicciones en Israel está en vías de extinción. Ya es lo que te imponen, lo que dijimos antes, eres marroquí entonces eres árabe. Entonces cuando empiezas a decir "bueno, los marroquíes también pueden ser bereberes, hablamos español..." todo ese complejo de puntos de vista, de formas de ver el mundo, que existe en Marruecos, que en cualquier sitio te puedes encontrar gente que habla tres o cuatro idiomas, pero a lo mejor no sabe escribir. Todo eso está ya en extinción.

—¿Tú dirías que eso es algo específicamente marroquí?

—Hay algo específico al Magreb y al pensamiento magrebí. Es la posibilidad de pensar de una forma que incluye y no excluye. O sea, tú puedes pensar "esto puede ser así o puede ser así". Muy Derrida. Jacques Derrida [*filósofo de origen sefardí nacido y criado en Argelia*] es un pensamiento magrebí. Opuesto al pensamien-

to de hoy, el pensamiento occidental, que es "o esto o esto". Es decir, hay en lo magrebi una forma de pensar concreta. Eso lo primero, y es algo muy importante. Es muy difícil de explicar, para un pensamiento que es lineal, que hay un pensamiento que es paralelo, tres, cuatro posibilidades. Puede ser así, puede ser así, puede ser de esta otra forma. Y en Occidente siempre te piden, te exigen que te definas. En Occidente tienes que definirte. Tienes que tener alguna opción, que estar claro, eres así o eres así, eres socialista, eres capitalista. Por eso te digo que todo eso se perdió. Creo que lo que se pierde es la forma de ver el modernismo y su relación con la religión. Cómo estar en el judaísmo religioso, porque yo creo que es religioso. Se llama tradicionalista, pero yo creo que casi todos los marroquíes son profundamente religiosos –no te digo que no haya ateos marroquíes–, pero pueden convivir en esa religión con el modernismo y el *goyismo*, digamos, también.

–Lo que se habría perdido, entonces, habría sido la posibilidad de vivir sin poner límites permanentemente.

–Yo creo que se ha perdido el Mediterráneo, la concepción de que hay comunidades diferentes, separadas e intercaladas también, interconectadas. Al mismo tiempo; la separación y la conexión es la misma.

La salida de los judíos de Marruecos implicó, por tanto, el colapso de una concepción del mundo. Por eso, uno de los personajes de la novela *En las Puertas de Tánger* dice: "Y ahora los marroquíes musulmanes son extranjeros a ellos mismos, el exilio se creó en su país porque Marruecos sin judíos es un Marruecos en el exilio". Ese exilio del que habla Moisés no es tanto la salida forzada de un país al que no se puede volver, sino la experiencia de que nuestra mirada sobre el mundo ha dejado de funcionar, de encajar con la realidad, de ser funcional como mirada, como actitud. Cuando Benarroch tiene que definir esa desubicación lo hace aludiendo a su novela *Amor y Exilios* (Editorial Escalera, 2010), en la que viene a decir que "el exilio es en realidad el no estar en un amor que lógicamente debía haberse creado". La idea de un amor lógico es la idea de un amor que se da sobre la base de una pertenencia de la que no se duda. Un amor que es hogar, que es la casa de la que a uno le gustaría no tener que salir nunca.

El exilio implica que el regreso es imposible, pues no se puede volver atrás en el tiempo.

"El tiempo es algo que imaginamos cuando no entendemos a Dios"

En *las Puertas de Tánger* cuenta la historia de cuatro hermanos que vuelven a Marruecos para cumplir con la última voluntad

de su padre. Uno de los hermanos logra explicar qué significa no poder regresar a un lugar: "Recuerdo que me preguntaste si volvería a Tetuán, y te dije que no era ni una pregunta. Tetuán sin su comunidad judía no es Tetuán, no es cuestión de vistas, montes, mares, no se trata de eso, era una comunidad que vivía una vida paralela a las comunidades cristianas y musulmanas, eso era Tetuán".

"¿POR QUÉ NOS FUIMOS?"

Desde los distintos países a los que llegaron (Israel, Venezuela, Canadá y España, entre otros) los judíos tendieron a pensar Marruecos como un hogar perdido y un sueño hermoso en el que todo era más fácil y la vida estaba aún por llegar. Moisés Benarroch hace un balance de esa actitud a través de uno de los personajes de *En las Puertas de Tánger*: "No sólo nosotros [los judeomarroquíes], aquí en Israel, idealizamos un pasado que nunca existió, también los musulmanes hacen lo mismo, de tanto sentir nuestra ausencia. En los dos casos se ha perdido toda objetividad, porque si la situación era tan buena, entonces ¿por qué nos fuimos?"

–Ya desde antes que acabase el Protectorado los judíos empezaron a salir de Marruecos, y ya desde la declaración del Estado de Israel llegaban enviados de la Agencia Judía para ayudar a la salida. ¿Por qué vosotros os quedasteis tanto tiempo?

–Lo que pasó es que desde que yo soy consciente de mí mismo, de lo que pasa alrededor, en los años 60, 64, 65 en mi familia se habla de irse. A dónde es ya otro problema. Se habló de Caracas, de Canadá y de Israel. De Israel no se podía tanto hablar, no se decía la palabra "Israel", lo cual es un poco curioso porque había el apellido Israel [*rie*]; el apellido Israel sí, pero Israel... Nos decían: "No decir la palabra Israel". Decíamos "*Eretz*", de *Eretz Israel*: "Se fue a Eretz".

–La gente prefería no usar la palabra por si acaso

–No se utilizaba la palabra porque podían oír que alguien se iba a ir a Israel y entonces venía la policía a investigar. Porque también era ilegal sacar el dinero. Cada vez que uno vendía algo, un piso o algo así, le investigaban qué había hecho con el dinero y si había mandado el dinero al movimiento, a la *Sojnut*, a los sionistas. Mi padre vendió las casas y el árabe que se las compró le tenía que pagar en Ceuta. Al final le pagó, aunque seguramente menos. Se aprovechaban de las situaciones, está claro que para comprar las cosas más baratas. Hubo gente que se quedó sin el dinero. Había toda clase de acuerdos, dejaban el dinero a alguien del Mossad o a los árabes, y luego unos y otros a veces no pagaban o pagaban menos. Todo tipo de historias.



Pero bueno, mi abuela quería venir a Israel ya en los años sesenta y mi padre dijo que no. Digamos gracias a Dios.

—Así que el tiempo fue pasando

—Sí, y en el 72 ya quedaban cada vez menos judíos, aunque se quedaron, en Tetuán todavía quedaban judíos. Hasta el 2000 había *minyan*. La sinagoga se cerró en 2003. Yo estuve en el 96 y quedaban cien judíos. Pero ya claro, no había escuela, y tenían que viajar a Tánger para comprar la carne *kasher*.

La declaración del Estado de Israel (1948) y la independencia de Marruecos (1956) supusieron dos puntos de inflexión para la comunidad judía. Se aconsejó a los judíos que no celebrasen públicamente la creación del Estado de Israel. Las actividades sionistas, orientadas a la emigración a Israel, estaban prohibidas. Los españoles se fueron retirando, se fue perdiendo la confianza y la incertidumbre crecía. Se fue cerrando el círculo, la comunidad seguía disminuyendo y los motivos para quedarse se fueron agotando.

*"De lo que más me arrepiento
es de no haber atendido
las clases de Árabe*

*ahora son los poetas
que más me atañen
me hablan de Andalucía
Al-Ándalus
la misma Andalucía de mis memorias
me hablan del exilio
del que es tabú hablar en Israel
me hablan de la belleza de las moras
tan sensuales en sus caftanes
me hablan del mar
y siento que nos hemos bañado
en las mismas aguas
los montes tienen los mismos colores
de esto ni siquiera puedo hablar en esta
democracia
como ellos mismos no pueden hablar de tantas
cosas
las eludimos como podemos
y al igual que ellos
soñamos en la Andalucía celeste
en la que todos los hijos de Abraham
fueron una vez hermanos.
O por lo menos primos" ▸*

GLOSARIO:

SHABBAT es el día de descanso de los judíos, el sábado.

BAR-MITZVAH / BAT MITZVAH es la ceremonia de transición a la edad adulta en términos religiosos. A través de ella, el niño o la niña se hace responsable de cumplir los preceptos.

ERETZ ISRAEL significa Tierra de Israel.

PESAJ es la Pascua judía en la que se conmemora la salida de Egipto.

SUKKOT es la festividad de las cabañas en la que se conmemora el Éxodo, además de marcar el periodo de recogida de la cosecha en la Tierra de Israel.

SHAVUOT es la fiesta en la que se recuerda la recepción de la Torá en el Monte Sinaí, coincidiendo también con la recogida del trigo.

GOY significa no judío y no tiene, en sí mismo, connotaciones negativas, si bien mucha gente no usa este término para evitar suspicacias.

MINYAN es el mínimo de diez hombres mayores de trece años que se necesita para el servicio religioso.

KASHER se refiere a lo autorizado según las prescripciones que marca la ley judía.

SOJNUT es la Agencia Judía para Israel. Organización gubernamental israelí encargada de la emigración a Israel.